



Economía ecológica latinoamericana

—

Aleida Azamar Alonso
José Carlos Silva Macher
Federico Zuberan
(Coords.)

**MIRADAS
LATINOAMERICANAS**

miradas
latinoamericanas



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Miradas latinoamericanas

Karina Batthyány - Dirección de la Colección

Nicolás Arata y Fernanda Pampín - Coordinación Editorial

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

Economía ecológica latinoamericana (Buenos Aires: CLACSO, noviembre de 2021).

ISBN 978-987-813-025-5

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



Asdi

Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi.

La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

ECONOMÍA ECOLÓGICA LATINOAMERICANA

coordinación

ALEIDA AZAMAR ALONSO
JOSE CARLOS SILVA MACHER
FEDERICO ZUBERMAN

por

ALEIDA AZAMAR ALONSO ♦ JOSE CARLOS SILVA MACHER ♦ FEDERICO
ZUBERMAN ♦ JOAN MARTÍNEZ-ALIER ♦ CLAUDIO PASSALÍA ♦
GUILLERMO PEINADO ♦ DARCY TETREAUULT ♦ NANCY EDITH ARÉVALO
GALINDO ♦ KARINA FORCINITO ♦ PABLO A. VARELA ♦ MARIO
ALEJANDRO PÉREZ RINCÓN ♦ JULIANA SARMIENTO ♦ JESÚS RAMOS
MARTÍN ♦ FANDER FALCONÍ ♦ PEDRO CANGO ♦ LAYZA DA ROCHA
SOARES ♦ CARLOS SANTOS ♦ MARÍA NOEL GONZÁLEZ MÁRQUEZ ♦
MARTÍN SANGUINETTI ♦ DANIELA MANUSCHEVICH ♦ RAQUEL NEYRA
♦ DAVID BARKIN ♦ MARIO E. FUENTE CARRASCO ♦ AIN MORA ♦ ISIDRO
TÉLLEZ RAMÍREZ ♦ MARÍA ANGÉLICA PICADO ♦ MARÍA CECILIA GAREIS
♦ SONIA BEATRIZ MERCADO ♦ KELY ALFARO ♦ PAUL E. MAQUET ♦
CARLOS ANDRÉS RODRÍGUEZ WALLENIUS



CLACSO



**siglo
veintiuno**
editores

siglo xxi editores, méxico

CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310, CIUDAD DE MÉXICO
www.sigloxxieditores.mx

siglo xxi editores, argentina

GUATEMALA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

anthropos editorial

LEPANT 241-243, 08013, BARCELONA, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

CATALOGACIÓN EN LA PUBLICACIÓN

Nombres: Azamar Alonso, Aleida, editor, autor | Silva Macher, José Carlos, editor | Zubermañ, Federico, editor

Título: *Economía ecológica latinoamericana* / coord. Aleida Azamar Alonso, José Carlos Silva Macher, Federico Zubermañ ; por Aleida Azamar Alonso [y otros treinta]

Descripción: Primera edición. | Ciudad de México : Siglo XXI Editores : CLACSO, 2021. |

Colección: Miradas latinoamericanas.

Identificadores: ISBN 978-607-03-1183-3 : 978-987-813-025-5

Temas: Desarrollo sustentable – América Latina

Clasificación: LCC HC79.E5 E36 | DDC 338.927

primera edición, 2021

© siglo xxi editores, s. a. de c. v.

ISBN 978-607-03-1183-3

ISBN-e 978-607-03-1186-4

en coedición con el

© consejo latinoamericano de ciencias sociales

ISBN 978-987-813-025-5

derechos reservados conforme a la ley.

prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio.

ECONOMÍA ECOLÓGICA Y POLÍTICAS PÚBLICAS: UN ANÁLISIS DE PRÁCTICAS ECONÓMICAS DE BASE EN AMÉRICA LATINA

AIN MORA

ECONOMÍA ECOLÓGICA Y PRÁCTICAS ECONÓMICAS DE BASE: UNA INTRODUCCIÓN

La economía ecológica aborda la interrelación entre economía y naturaleza al entender a la economía como un sistema abierto en constante interacción con los sistemas físico y social. Esta disciplina extiende su análisis más allá de los valores monetarios de mercado que pretende aplicarle la economía neoclásica a los procesos ambientales y tiene en cuenta aspectos que tradicionalmente se dejaban de lado, como la disponibilidad de recursos y energía y la generación de residuos a través de un estudio multidisciplinario que comprende los problemas ambientales sin desligarlos del mundo de la política y de las relaciones de poder.

Desde este punto de vista, este capítulo pretende otorgar herramientas y políticas concretas para afrontar los problemas ambientales del siglo xx al partir desde la visión de la economía ecológica, que trasciende el análisis costo-beneficio y enfatiza sobre la cuestión ambiental y sus conflictos distributivos.¹ La denuncia de que el crecimiento económico –entendido como la mayor producción de mayores bienes y servicios en un territorio determinado– es insostenible tanto en su relación con el ambiente (por la creciente necesidad de extracción de materiales y energía) como

¹ Martínez Alier, Joan y Jordi Jusmet, *Economía ecológica y política ambiental*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

en su relación con la sociedad (ya que un aumento de la producción de bienes y servicios ha traído una peor distribución del ingreso y la riqueza entre los países centrales y periféricos desde el último cuarto del siglo xx) es central para este capítulo.

En este sentido, la relación economía-ambiente en el contexto actual está marcada por el cenit del petróleo, los picos de las tasas de extracción de reservas, tan importantes como el fósforo, y el cambio climático derivado de las emisiones de gases de efecto invernadero. Sumado a esto, las alternativas en este frente, como las nuevas reservas que sustituyen al petróleo (gas y petróleo no convencional), que no dejan de ser agotables y las energías limpias (como la solar o la eólica), que si bien son muy necesarias en este contexto, generan un excedente energético menor.² Mientras tanto, en los aspectos distributivos y estructurales, el crecimiento económico con el neoliberalismo a lo largo del último cuarto del siglo xx y durante parte del siglo xxi no ha podido solucionar, sino que ha agravado, los índices de desigualdad de ingreso y riqueza en los países centrales y periféricos.³

Estas críticas refuerzan la idea de que no podemos seguir hablando de una economía con una razón de ser en el crecimiento en el siglo xx. A partir de este análisis, surge (y urge) la necesidad de implementar prácticas económicas que permitan satisfacer las necesidades básicas de los pueblos con un menor metabolismo socioambiental.

Con esta premisa principal, el presente capítulo abordará distintas prácticas económicas de base que apuntan a mejorar la

² Schandl, Heinz, Marina Fischer-Kowalski, James West, Stefan Giljum, Monika Dittrich, Nina Eisenmenger y Tomer Fishman, "Global Material Flows and Resource Productivity", *Journal of Industrial Ecology*, vol. 22, núm. 4, 2017, pp. 827-838; Krausmann, Fridolin, Christian Lauk, Willi Haas y Dominik Wiedenhofer, From resource extraction to outflows of wastes and emissions: "The socioeconomic metabolism of the global economy, 1900-2015", *Global Environment Change*, vol. 52, 2018, pp. 131-140.

³ Piketty, Thomas, *El capital en el siglo xxi*, Buenos Aires, FCE, 2014; Branko Milanovic, *Desigualdad Mundial*, México, Fondo de Cultura Económica, 2018.

sustentabilidad en cuestiones de materia y energía, las cuales, al mismo tiempo, mejoran la sociabilidad y la distribución del excedente económico en nuestras sociedades. Todas estas iniciativas apuntan a una crítica radical a la necesidad de establecer al crecimiento como un objetivo social primordial para la sociedad. Sin embargo, el énfasis no está puesto en el menos sino en el diferente. Es decir, menor metabolismo, pero a partir de prácticas distintas que no se centren en la mercantilización de los productos, de la naturaleza y los seres humanos.

Estas prácticas económicas de base tienen determinadas características. En primer lugar, todas ellas se destacan por su capacidad de autonomía. Con autonomía nos referimos a la capacidad que tienen estas prácticas de darse a sí mismas su propia ley. La autonomía implica el ejercicio de una capacidad efectiva de construcción de modos propios de funcionamiento y organización. Lejos de querer “hacer lo que uno quiere”, la autonomía define colectivamente la legalidad de la actividad en conjunto, lo que permite pensarla como un método (donde todos/as intervienen) y a la vez como un proyecto de la sociedad.

En segundo lugar, la mayoría de las prácticas hace énfasis en un *desarrollo desde lo local*, debido a que en este ámbito se puede establecer una mayor democratización de la economía e insertar lo social frente a economías de mercado enmarcadas desde lo regional o global. Esta democratización se debe interpretar en consonancia con el concepto de autonomía, vinculada con la capacidad de deliberar y de criticar las pautas de consumo actuales. En este sentido, desde lo local, estas prácticas económicas plantean, “en clave de inclusión, participación y sustentabilidad, una revisión crítica de nuestro consumo y nuestras excreciones o contaminaciones asociadas, proponiendo innovaciones socioeconómicas: otras formas de satisfacer nuestras necesidades, de (re)distribuir y de integrarnos en la sociedad”⁴

⁴ Collado, Ángel y Jose Luis Casadevente, “Economías sociales y economías para los Bienes Comunes”, *Otra Economía* vol. 9, núm. 16, 2015.

En tercer lugar, y desde un punto más propositivo que crítico, los ejemplos desarrollados en el trabajo prefiguran, es decir, establecen las prácticas que construyen “desde ahora” los gérmenes de una nueva institucionalidad poscapitalista. Esta característica prefigurativa es central ya que, por un lado, la construcción de prácticas alternativas constituye en sí misma un aprendizaje y, por otra parte, otorga un material concreto que potencia la creencia de la sociedad de que estas prácticas pueden existir y no sólo son un ejercicio imaginativo. Esta prefiguración de las prácticas económicas de base se fundamentan en tres ejes principales: en primer lugar, hay un desplazamiento desde la producción para el intercambio a la producción para el uso; en segundo lugar, hay un traslado desde el trabajo asalariado a formas cooperativas, lo que anula el conflicto de la mercantilización de las tareas; por último, estas prácticas no tienen el objetivo de la acumulación, sino el de satisfacer necesidades de la población donde se desarrollan.⁵

Con estas características como motores centrales, dividiremos las prácticas económicas de base en tres: en el primer apartado se desarrollarán los sistemas de producción y consumo local de alimentos; en el segundo apartado tendrán lugar las prácticas asociadas con las finanzas solidarias y, en el tercer apartado, se abordarán iniciativas relacionadas con la comercialización colaborativa. No sólo se hará un análisis descriptivo de cada concepto, sino que se establecerán algunas experiencias actuales de estas prácticas. Por último, se esgrimirán conclusiones acerca del trabajo en general.

⁵ D'Alisa, Giacomo, Federico Demaria y Giorgio Kallis, *Decrecimiento. Vocabulario para una nueva era*, Buenos Aires, Biblioteca Permacultura, 2017.

SISTEMAS DE PRODUCCIÓN Y CONSUMO LOCAL DE ALIMENTOS

Los sistemas de producción y consumo local son uno de los sistemas más relevantes para mejorar las prácticas económicas en un sentido distributivo y ecológico. Éstos se presentan como una alternativa frente a los actuales modelos globales que se caracterizan por una gran distancia entre personas productoras y consumidoras en la cadena de valor. El objetivo de los sistemas de producción local no es sólo establecer mayores beneficios económicos para la comunidad y alimentos accesibles, sino aumentar la soberanía alimentaria, generar relaciones de nuevo tipo entre los habitantes locales y favorecer un desarrollo más sustentable.⁶

Los sistemas de producción y consumo local son más sostenibles debido a que reducen las emisiones de gases de efecto invernadero, gracias al achicamiento de las distancias recorridas por los productos⁷ y a la reducción de las necesidades de acondicionamiento para el traslado y almacenamiento. Actualmente, los países de América Latina tienen las más altas intensidades en emisiones de dióxido de carbono (CO_2) en el ámbito mundial, como consecuencia de una producción orientada a la extracción de materias primas altamente intensiva en emisiones. En el nivel global, Argentina y Brasil fueron los países con el mayor nivel de emisiones de CO_2 por dólar exportado.⁸

Otro factor positivo en lo ambiental es la generación de un entorno más biodiverso y sistemas ecológicos menos vulnera-

⁶ Particularmente, nos centraremos en los sistemas de producción local dedicados a los bienes alimenticios, pero la misma lógica se puede establecer para cualquier bien o servicio que se produzca.

⁷ Existe la llamada metodología de reducción de las “millas alimentos” divulgada en Europa. Por ejemplo, Gran Bretaña puso en marcha un plan para el etiquetado de los productos alimenticios con información sobre su huella de carbono.

⁸ Frohmann, Alice, Sebastián Herreros, Nanno Mulder y Ximena Olmos, *Sostenibilidad ambiental y competitividad internacional. La huella de carbono en la exportación de alimentos*, Santiago de Chile, CEPAL, 2015.

bles. Adicionalmente, en caso de que estos sistemas se apliquen sobre producción urbana y periurbana favorecen que se mantengan superficies de absorción del agua, lo que incrementa la permeabilidad del suelo al disminuir el escurrimiento superficial y actuar como rugosidad natural frente a fuertes lluvias que puedan derivar en inundaciones. Por último, favorecen la seguridad alimentaria,⁹ ya que los sistemas de producción local desarrollan mecanismos para la creación y el mantenimiento de reservas locales estratégicas de alimentos y semillas.

Estos sistemas de producción se generan como una respuesta alternativa al modo de producir globalmente que, a lo largo de los últimos decenios, tuvo como consecuencia directa la especialización y la deslocalización de las producciones agrarias. Este crecimiento del comercio mundial por medio de estos métodos de producción significó una industrialización y globalización de la agricultura singularmente marcada por una concentración del poder en pocas empresas multinacionales, el deterioro y el empobrecimiento de tejidos económicos y sociales locales, así como la ausencia de soberanía alimentaria en la mayoría de los países.

⁹ La expresión seguridad alimentaria es propuesta por Food and Agriculture Organization of the United Nations (FAO). El concepto moderno surgió en los años setenta con base en la producción y disponibilidad alimentaria en el ámbito global. La seguridad alimentaria mundial consistía esencialmente en que a lo largo del tiempo la producción y las existencias de alimentos básicos en el mundo alcanzaran para sostener la demanda mundial. A partir de 1996 y de forma paralela a la Cumbre Mundial de la Alimentación organizada por la FAO, nació el concepto de soberanía alimentaria propuesto desde agrupaciones campesinas y movimientos sociales debido al fracaso de los organismos internacionales en torno al problema de la hambruna mundial. Este concepto es entendido como el derecho de los pueblos, las naciones o las uniones de países a definir sus políticas agrícolas y de alimentos sin ningún *dumping* frente a países terceros. De este modo, la soberanía alimentaria organiza la producción y el consumo de alimentos acorde con las necesidades de las comunidades locales, al otorgar prioridad a la producción para el consumo local y doméstico y revalorizar el derecho a los pueblos a elegir lo que comen y de qué manera quieren producirlo.

Mientras la producción de alimentos en la escala industrial tiene como consecuencia directa que el seguimiento de los parámetros de calidad de los productos quede en manos de los intermediarios comerciales y el Estado, en los sistemas de producción y consumo local se tiende a rescatar formas comerciales tradicionales que enlazan de manera directa al productor con el consumidor. Así, los sistemas alimentarios locales benefician tanto a las ecologías como a las relaciones sociales, con un gran potencial para reconstruir el tejido social en las cadenas alimentarias.¹⁰

En el aspecto económico, estos sistemas tienen como eje central el canal corto de comercialización (CCC) que determina la presencia de un único intermediario (como máximo) entre el producto final y el consumidor; también entre el productor y el elaborador, si se tercia. Si no hay intermediario entre el productor o el elaborador y el consumidor, se habla, además, de venta directa, lo que promueve la autonomía de familias y territorios rurales y campesinos; la sostenibilidad socioeconómica y ambiental de agriculturas campesinas; relaciones sociales más vigorosas campo-ciudad; preservación y dinamización de patrimonios culturales y la calidad de alimentos en términos de salud pública y ambiental. Aquí la procedencia del producto es totalmente trazable, la propiedad y control del sistema permanece en el territorio (y el dinero circula en la comunidad), además de favorecer la construcción de ciudadanía a partir del contacto estrecho productor-consumidor.¹¹

Las principales ventajas de este sistema de producción en lo económico son los precios más justos para el productor (se evita la explotación por parte de intermediarios, lo que mejora la autonomía del agricultor); mayor diversidad en los productos (se

¹⁰ Papaoikonomou, Elení y Matías Ginieis, “La relación entre productor y consumidor en sistemas alimentarios locales: análisis de sus prácticas y narrativas”, *Revista Internacional de Organizaciones*, núm. 14, 2015, pp. 101-121.

¹¹ Alderete, Juan, Ivana Colamarino y Federico Ocampo, 2010, “Producidos por aquí nomás”, *Alimentos Argentinos*, núm. 44, 2010, pp. 33-35.

amplía la oferta local y la reinversión de las ganancias en los territorios) y, por último, se obtienen mejores productos (la relación productor-consumidor favorece una mejora de los productos obtenidos en términos de frescura y se establecen mejores controles de calidad de los alimentos, debido a que el plan de trazabilidad¹² del producto es muy reducido).

La proximidad de estos sistemas no sólo tiene las ventajas económicas y ecológicas ya citadas, sino que también tiene beneficios en términos de organización social-comunitaria. En estas prácticas económicas la dicotomía rural/urbano persiste y es concretada por la imagen de vecino/granja local. Esta “nueva cartografía” determinaría nuevos espacios públicos autónomos donde se propicia el desarrollo de la intersubjetividad necesaria para el florecimiento de relaciones de ciudadanía, ya que en ellos la libertad y la creación de formas igualitarias de sociabilidad favorecerían la toma de conciencia de la interdependencia mutua.¹³

Posibles obstáculos y soluciones

Las ventajas de los sistemas de producción y consumo local deben ser matizadas con algunos obstáculos que pueden trabar este proceso si se implementa desde la comunidad, desde el Estado o en una articulación pública-pública.

En primer lugar –y el más citado– es la dificultad de aprovisionamiento. Estos sistemas suelen tener problemas para mantener una producción continua y diversa de alimentos, que puede ser atribuida a varios factores (escasa habilidad técnica, impre-

¹² El plan de trazabilidad consiste en la generación de registros donde se vuelca toda la información necesaria para la identificación y seguimiento (trazabilidad hacia atrás y hacia delante) de los productos comercializados.

¹³ Escalona, Miguel Á., *Mercados locales y canales cortos de comercialización. Implicaciones para un consumo responsable*, Andalucía, Universidad Internacional de Andalucía, 2011.

decibles condiciones climáticas y desastres naturales, poca disponibilidad de semillas ecológicas, desconocimiento de técnicas de manejo del suelo, etc.) por lo que la producción es limitada. Aunque haya más productores, el problema no siempre se resuelve, porque la coordinación para que cada uno produzca diferentes cultivos es muy difícil.

Esta problemática incentivó en diversos territorios a que las cooperativas de productores y consumidores se organicen y brinden soluciones. Un dispositivo que se emplea es la realización de cursos de comida saludable usando como insumos los propios productos que se obtienen de las huertas locales. Este tipo de ejemplos permiten evidenciar que con recursos autogestionados y un esquema organizativo adecuado se pueden solucionar muchos de los problemas que plantean estos sistemas desde la escala local.

Una segunda problemática (sobre todo en los países de América Latina) es la falta de interacción de la economía local con las cadenas globales de producción. Por ejemplo, en el sector agropecuario hay una fuerte dependencia de semillas, insumos tecnológicos o maquinaria que no se puede resolver desde lo local.¹⁴ Estos insumos necesarios imponen condicionamientos técnicos y económicos a prácticas locales; por ello, se necesita una participación activa de los diferentes niveles del Estado para garantizar un proceso de integración entre la “economía local” y la nacional, así como políticas que promuevan la autonomía de esas

¹⁴ Esto puede resolverse con la creación de múltiples bancos comunitarios de semillas. Los bancos comunitarios de semillas generalmente son instituciones informales gobernadas localmente cuya función central es preservar semillas para uso local. Los agricultoras que administran el banco manejan cultivos principales y cultivos menores, así especies olvidadas o subutilizadas. El objetivo es mantener o aumentar el control de las semillas y fortalecer la cooperación entre agricultores y los actores involucrados en la conservación y el uso sostenible de la biodiversidad agrícola. Se puede ver los ejemplos de Bolivia, Brasil, Costa Rica, México y Guatemala en Vernooy, R., P. Shrestha, B. Sthapit y M. Ramírez, *Bancos Comunitarios de Semillas: Orígenes, Evolución y Perspectivas*, Lima, Bioversity International, 2016.

actividades locales. Dicha necesidad de articulación de los diferentes niveles de los Estados también es necesaria para resolver los problemas asociados con las poblaciones situadas en zonas de baja productividad y donde el abastecimiento local es limitado.

Por último, una cuestión que se debe tener en cuenta es la de ponderar todo lo local positivamente sólo por ser “local”, ya que muchas veces la economía de mercado (dirigida por grandes empresas) se aprovecha de “lo local” o “tradicional” como una oportunidad para mercantilizar estos espacios de producción absorbiendo este “nicho de mercado” mediante sellos y etiquetas que determinan la autenticidad y calidad de un producto.¹⁵

En relación con este problema se pueden utilizar herramientas de garantía participativa entre consumidores y productores. Este mecanismo consiste en una serie de normas y procedimientos establecidos colectivamente a través de grupos de control, compuestos por productores vinculados que verificarán el cumplimiento de dichas normas a través de una serie de visitas periódicas a los establecimientos productivos. Estas verificaciones se complementan con otras llevadas a cabo por los consumidores o técnicos del gobierno local.¹⁶ Los sistemas de garantías participativas (SGP) se construyen con base en la confianza al compartir información y experiencias en la relación productores-consumidores.

Al tener en cuenta estas salvedades, pero sobre todo haciendo hincapié en sus grandes beneficios, los sistemas de producción y consumo local deben plantearse seriamente como una opción transformadora, ya que desafían el sistema de producción-consumo dominante y otorgan una producción baja en carbono, saludable, con precio justo y que genera lazos comunitarios en los territorios.¹⁷

¹⁵ Escalona, *op. cit.*

¹⁶ Boza Martínez, S., “Los sistemas participativos de garantía en el fomento de los mercados locales de productos orgánicos”, *Polis*, vol. 34, 2013, pp. 1-13.

¹⁷ Collado y Casadevente, *op.cit.*

Un ejemplo: empresa pública de alimentos (Rosario, Argentina)

Argentina, al igual que la mayoría de los países de América Latina, tiene una matriz exportadora que se centra en productos primarios y manufacturas de origen agropecuario. Este modelo productivo está en el centro del debate en la actualidad debido a los problemas ambientales (erosión hídrica, impermeabilización del suelo, contaminación de las napas, pérdida de materia orgánica y de biodiversidad en diferentes niveles de organización) y económicos que genera (concentración y centralización del capital del mercado exportador y, por lo tanto, de la tenencia de divisas).

Esquemáticamente, hay dos grandes debates que disputan concepciones diferentes sobre la organización económica y social: la defensa de la propiedad privada como forma excluyente de organizar la producción o la posibilidad de pensar modelos alternativos en los cuales el Estado y la gestión social sean los protagonistas, y un modelo productivo de concentración,¹⁸ uso intensivo de agroquímicos y orientado a la exportación, o la posibilidad de poner en el centro a la función social de la tierra y a los alimentos como bien común para avanzar hacia la soberanía alimentaria con sustentabilidad ambiental.¹⁹

Este debate, en el marco de la pandemia mundial de covid-19, abrió la posibilidad de la construcción de la Empresa Pública de Alimentos (EPA), llevada a cabo por Ciudad Futura (partido de movimiento de la provincia de Santa Fe, Argentina) y el Frente Patria Grande (frente electoral compuesto por varios partidos

¹⁸ En Argentina ocho empresas reúnen 94% de las exportaciones de derivados de soya y girasol (productos líderes en exportación): las nacionales Vicentín, AGD y Molinos Agro, y las extranjeras Cargill, Cofco, Bunge, Dreyfus y Oleaginosa Moreno.

¹⁹ Mora, Aín, Damaris Pacchiotti, Jesica Pellegrini y Natalia Pérez Barreda, “Vicentín y la posibilidad de intervenir en la cadena alimentaria. Hacia la soberanía alimentaria. Una empresa pública de alimentos”, en *Tricontinental*, 14 de julio, 2020, <<https://thetricontinental.org/es/ba-research/despojocuada-no1-aavv/>>.

políticos y movimientos sociales). La EPA se elaboró a partir de un proyecto de ley que establece a la soberanía alimentaria como objetivo prioritario del Estado Nacional y que, por lo tanto, concibe al alimento como un bien público, un derecho personal y social de las personas del cual el Estado debe hacerse cargo. Esto permitiría, entre otras cuestiones, concebir una renta alimenticia básica universal, revisar las reglas del comercio alimentario y prohibir la especulación financiera de alimentos.

El primer paso de la EPA consistió en montar plantas locales que fraccionen, empaqueten y construyan unidades nutricionales básicas. De esta forma, se reducen costos por distintos motivos: en primer lugar, porque se eliminan intermediarios y se asegura una mayor asistencia y, en segundo, al tratarse de producciones de cercanía, se garantiza un menor traslado de los productos.

Sin embargo, debemos destacar que la planta fraccionadora tiene beneficios económicos que van mucho más allá de la reducción de costos monetarios. En ese aspecto, le asegura al Estado una empresa testigo clave en la industria de alimentos y, al mismo tiempo, un sistema eficiente de asistencia alimentaria. En la actualidad, mientras los precios de los alimentos aumentan, los distintos niveles de gobierno no pueden garantizar un sistema eficiente de asistencia y, por ello, recurren a asignaciones directas de dinero a comedores, a las personas o compras directas de alimentos en precios y cantidades variadas y de manera descoordinada. Con esta primera planta, los distintos niveles del gobierno y las organizaciones sociales dejan de “ir al mercado” a comprar productos y se garantizan a un aliado que evita costos adicionales y movimientos especulativos en precios y cantidades.

Esta enumeración de los aspectos económicos se entrelaza con las ventajas ambientales que tiene el proyecto. A través de la EPA, se garantiza un proceso más sustentable de los productos que comercializa, ya que reduce su huella de carbono por el achicamiento de las distancias recorridas, así como la reducción de las necesidades de acondicionamiento para el traslado y almacenamiento.

Este aspecto ambiental nos permite discutir y ampliar el debate sobre la soberanía alimentaria. La planta se instala en la

zona pampeana argentina donde existe una buena producción agroecológica. Sumado al fraccionamiento, se implementa la molienda trigo y maíz para garantizar toda la cadena de valor de los alimentos y potenciar los beneficios antes descritos. Asegurar la demanda a escala de estos productos agroecológicos es un primer paso para profundizar el cambio de los modelos productivos imperantes. Asimismo, este objetivo pone en el centro del debate dos temas que la economía ecológica y la ecología política señalan de manera enfática, como son la reprimarización y el extractivismo.²⁰

Por último, la planta de fraccionamiento y envasado promueve una mejora en el aspecto nutricional que se otorga en la asistencia alimentaria. La amplia oferta de productos mejora la propuesta que hacen los gobiernos actualmente. En esta dirección se trabajó de manera articulada con nutricionistas y profesionales de la salud, con el fin de de construir una canasta alternativa.

La propuesta de la EPA sintetiza en una sola iniciativa al menos cuatro problemáticas centrales: potenciar a los pequeños productores y cooperativas regionales; ampliar la asistencia alimentaria en un contexto de crisis socioeconómica; abordar las políticas alimentarias desde una perspectiva nutricional para asegurar una alimentación cuantitativa y cualitativamente adecuada, así como fomentar la producción agroecológica y la sustentabilidad ambiental.

FINANZAS SOLIDARIAS:

HACIA UN FINANCIAMIENTO ALTERNATIVO

En este segundo apartado abordaremos prácticas asociadas con las finanzas solidarias. Este tema es central debido a que el acceso al financiamiento en condiciones desfavorables es una constante

²⁰ D'Alisa, Demaria y Kallis, *op. cit.*

en el desarrollo local en América Latina. El mundo actual se caracteriza por la financierización de la economía (proceso en el que las inversiones financieras son más relevantes que las inversiones productivas) y la desintermediación bancaria (los bancos no cumplen su función originaria de intermediación entre depositantes y prestatarios, sino que se dedican a gestionar el dinero de sus clientes), lo que desemboca en el uso de las finanzas como un fin en sí mismo, que se aleja de actividades productivas y crea fenómenos anómalos, como las burbujas financieras.

A pesar de este contexto, en el mundo existen diferentes instrumentos alternativos a la lógica dominante que benefician a los actores productivos. El desarrollo de las finanzas solidarias como política de desarrollo en el nivel local o regional es de extrema necesidad, ya que brinda un dispositivo fundamental a la hora de generar proyectos que permitan ser sustentables, tanto en términos ambientales como socioeconómicos.

Con estas observaciones, la necesidad de implementar finanzas solidarias y sus diversos instrumentos otorgan diversos beneficios en el ámbito local, como:²¹

- permitir que se realicen proyectos sustentables que tienen una escala menor o una tasa de retorno relativamente más baja que proyectos que no son ambientalmente sustentables;
- garantizar un papel protagonista desde el organismo financiador como acompañante y consultor del grupo-cliente en la realización de su proyecto;
- establecer una mayor transparencia en el acceso al financiamiento de los proyectos productivos y facilitar una gestión más democrática en el manejo de los fondos,

²¹ Muñoz, Ruth, “Las modalidades financieras emergentes en los procesos de desarrollo local”, en *Aportes para la construcción de una agenda de investigación-acción desde la perspectiva de la economía del trabajo*, Morelia, Finanzas populares y Desarrollo Local/Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2008.

- generar un mayor dinamismo social, es decir, una mayor articulación entre la comunidad si se utilizan algunas herramientas como el club de trueque o monedas sociales.

En síntesis, el objetivo de las finanzas solidarias es poner el eje en la necesidad de articular un sector de la economía centrado en el trabajo, con un fuerte componente asociativo, sustentable desde lo ambiental, con alta calidad tecnológica y alta eficiencia socioeconómica, democrático en su gestión y orientado en el nivel micro por la reproducción de la vida de sus miembros y en el nivel *societal* por la reproducción de la vida de todas las personas cuya lógica es contrapuesta a la lógica del capital.²²

Siguiendo a Muñoz,²³ nos separamos de la visión economicista de ver al desarrollo local de forma empresarial, es decir, como territorios que compiten con otros por la entrada de capital. También nos alejamos del recorte artificial de “lo local” al hacer como si no existieran mutuas incidencias entre distintos territorios y agregaciones regionales mayores, hasta la global. Por esto, las finanzas solidarias no siguen el denominado paradigma del “alivio de la pobreza” que se dedica únicamente a programas en zonas de extrema vulnerabilidad, sino que su objetivo depende de la diversidad ecológica y social del hábitat urbano productivo-reproductivo local.

Estas finanzas tienen distintas modalidades y formas de incorporación, entre ellas se encuentran:

- a) El “ahorro ético o finanzas éticas” y la “inversión socialmente responsable” que considera la responsabilidad social y ambiental para otorgar créditos. Bajo esta modalidad los ahorristas pueden optar por un rendimiento menor al del mercado, siempre que eso signifique mejores condiciones para poten-

²² Coraggio, José L., *De la emergencia a la estrategia. Más allá del “alivio de la pobreza”*, Buenos Aires, Espacio, 2004.

²³ Muñoz, *op. cit.*

- ciales prestatarios que no pueden acceder al crédito por los altos costos implicados en la operatoria comercial.²⁴
- b) Los fondos regionales y comunitarios rotativos creados específicamente para las organizaciones sin fines de lucro y demás emprendimientos comunitarios y de la economía social.²⁵
 - c) Los sistemas de “monedas sociales”, que suelen combinarse con sistemas de producción y consumo local o sistemas de consumo colaborativo como el trueque o los mercados solidarios.²⁶
 - d) Los denominados “préstamos sin interés”.
 - e) Los “fondos solidarios” entre distintos tipos de trabajadores que aportan para situaciones de crisis transitorias, como las huelgas; o cuestiones estructurales, como los despidos.

Ejemplo en América Latina: Banco Palmas (Brasil)

En cuanto a las finanzas solidarias, el ejemplo más paradigmático es el Banco Palmas en Fortaleza, Brasil. Este banco surgió por la organización de vecinos del Barrio Palmeira, que atravesaba una situación socioeconómica crítica (altos niveles de pobreza y desempleo); inicialmente se creó para los habitantes del barrio y, posteriormente, se amplió a otros barrios de bajos ingresos. Este

²⁴ Muñoz, Ruth, *Finanzas para la economía social*, Buenos Aires, MAES ICO/UNGS, 2007. Un defecto clave en este tipo de prácticas es que el término “finanzas éticas” es usado por los grandes bancos privados para hacerse pasar por “empresas sustentables” desde el punto de vista tanto ambiental como social, por lo que se debe profundizar el análisis y averiguar quiénes se benefician con este tipo de productos financieros. Véase como ejemplo el Banco de Quebec, en Vézina, Martine y Céline Legrand, “Un modelo de banco solidario quebequense”, Cayapa, *Revista Venezolana de Economía Social*, vol. 3, núm. 6, 2003, pp. 23-40.

²⁵ Para ejemplos sobre fondos rotatorios, véase Muñoz, *op. cit.*

²⁶ Para ejemplo de monedas sociales, véase María A. Plasencia, “Las experiencias de monedas sociales en la Argentina”, *Voces del Fénix*, vol. 38, 2014, pp. 114-121.

banco favorece los proyectos colectivos a través de servicios financieros (moneda social y diversos créditos) y no-financieros (asesoramiento, proyectos pedagógicos, etc.). El banco cobra intereses con base en un sistema progresivo para garantizar la distribución del ingreso, además de subsidiar los créditos de quienes menos tienen. Estos ingresos no cubren los costos totales, por lo que el banco también se financia con trabajo voluntario y recursos financieros extras que provienen de subsidios y donaciones varias.²⁷

Al estar organizados por los mismos vecinos, el papel de los usuarios es muy alto, ya que participan en la dirección del banco y en el diseño y control de calidad de los productos y servicios brindados. En sus inicios y durante una parte de su desarrollo, esta práctica contó con apoyo del Estado Nacional a través de financiamiento, transferencia de tecnología y capacitaciones en diferentes rubros.

Decimos que es un caso integral desde las finanzas solidarias porque establece una multiplicidad de mecanismos que apuntan a sus objetivos primordiales. Siguiendo a Muñoz,²⁸ el caso Palmas incluye un sistema integrado de créditos, una tarjeta de crédito propia (Palmacard), el mapeo de la producción y del consumo local, unidades productivas pequeñas financiadas por el banco (Palmart, Palmafashion y Palmalimpe) dirigidas a atender demandas locales, una escuela que ofrece cursos de capacitación profesional y ayuda a la gestión de empresas solidarias (Palma-tech), una bolsa de empleo, un club de trueque solidario con moneda social, un laboratorio de agricultura urbana y un esquema de compras colectivas. Todos estos dispositivos creados a nivel local son un ejemplo de distintas formas de establecer finanzas solidarias entre productores locales y consumidores organizados.

²⁷ Muñoz, *op. cit.*, 2007.

²⁸ *Ibid.*

CONSUMO COLABORATIVO: EJEMPLOS EN AMÉRICA LATINA

En los últimos años, en el nivel mundial, se está promoviendo lo que muchos autores denominan consumo colaborativo o “consumo conectado”.²⁹ Esta nueva modalidad tiene como objetivo cambiar los patrones de cómo los ciudadanos acceden a bienes y servicios en el mercado. Este concepto tiene muchas conexiones con los sistemas de producción, pero se analiza en un apartado diferente ya que el consumo colaborativo sólo hace un mayor énfasis en las relaciones entre consumidores formando redes de consumo que pueden establecerse a cualquier escala (y no únicamente desde lo local). Su objetivo es fomentar la unión entre el último eslabón productivo y en una diversidad amplia de bienes.

El consumo colaborativo pone en el centro de la discusión al mercado como asignador óptimo de precios y cantidades. Las prácticas que entran en la categoría de consumo colaborativo permiten a los consumidores tener acceso a un amplio rango de productos y servicios de gran calidad y a un precio muy inferior del que tienen en la economía de mercado tradicional, sin centrarse en la maximización de ganancias.³⁰ Para sintetizar, el consumo colaborativo tiene un mayor grado de atracción y de organización debido a tres razones.

En primer lugar, este tipo de redes de consumo desplaza de la actividad económica a intermediarios que no generan valor agregado y acorta la cadena productiva. Esto se traduce en el establecimiento de un precio más justo (tanto para productores como para consumidores) y un mayor conocimiento del producto adquirido por parte de los consumidores.

²⁹ Banco Interamericano de Desarrollo (BID), *Retos y posibilidades de la economía colaborativa en América Latina y el Caribe*, Washington DC, 2017.

³⁰ Aquí dejamos fuera a las entidades que buscan fines de lucro y se suelen enmarcar dentro del concepto de consumo colaborativo, por ejemplo Air BnB, BlaBlaCar, Ebay, entre muchas otras. Nos centraremos en aquellas motorizadas por cooperativas, sin el lucro como único objetivo. Para profundizar sobre estas diferencias véase BID, *op. cit.*.

En segundo lugar, las redes de consumo apuntan sus compras a productores locales (similar a los sistemas de producción y consumo local), lo que permite la eliminación de transportes de larga distancia. Sumado a esto, se incentiva la posibilidad de compartir el transporte (en el caso de iniciativas asociadas con la movilidad), reducir los desechos o aumentar la utilización de los activos que ya existen, lo que facilita la reutilización de bienes y genera una reducción de la demanda de nuevos bienes cuya producción hubiera aumentado el impacto ecológico total.

Por último, estas prácticas mejoran y afianzan los lazos sociales de las comunidades o municipios. Muchas de las personas que participan en estas iniciativas lo hacen por conocer gente, hacer nuevas amistades y expandir su red social, debido a que las relaciones entre vecinos es central para el éxito de estas iniciativas.

Para ejemplificar estas prácticas nos enfocaremos en dos tipos de iniciativas: la optimización del uso de activos y el intercambio de bienes y servicios.

Ejemplos en América Latina

El primer gran rubro en iniciativas de consumo colaborativo son las prácticas basadas en la *optimización de activos*. Un ejemplo en Argentina es la aplicación móvil Carpoolear,³¹ un proyecto colaborativo sobre movilidad sustentable que tiene como objetivo principal masificar la práctica de autos compartidos e incentivar el uso racional y eficiente del automóvil como modo de transporte. Esta práctica cumple con los tres objetivos antes citados: permite una mejora económica (la mayoría de veces el precio del viaje es más bajo comparado con el de otros medios de transporte), ambiental (reduce los gases de efecto invernadero y el consumo de combustibles fósiles) y crea nuevos lazos sociales, ya que

³¹ Véase <<https://carpoolear.com.ar/>>.

requiere organizarse para poder compartir los viajes, lo que crea una comunidad dentro de la plataforma.

Otro ejemplo en Argentina es el proyecto “Club de Reparadores”,³² el cual comenzó en 2015 en Buenos Aires, inspirado en prácticas similares alrededor del mundo. El Club de Reparadores se centra en la promoción de la reparación al poner en el centro del debate la obsolescencia programada de los objetos que utilizamos en nuestra vida diaria. Esta estrategia de consumo responsable y colaborativo consiste en la organización de reparadores/consumidores que intercambian saberes y herramientas con el fin de alargar la vida útil de los productos. Sumado a esto, se realizan mapeos colectivos que permiten identificar reparadores barriales. Una forma de potenciar esta práctica podría ser a través de un mapa digital, interoperable y abierto a la comunidad.

El segundo gran tipo de propuestas en el consumo colaborativo está relacionado con el *intercambio de bienes y servicios*. Este tipo de iniciativas puede englobarse bajo el término de espacios comunitarios de intercambio, esto es, circuitos de producción, distribución y consumo de bienes y servicios en los que no interviene de forma fundamental el dinero de curso legal, el cual se sustituye por tiempo, afectos y relaciones.

Aquí el antecedente más importante son los bancos de tiempo, cuyo origen como institución formal se remonta a mediados de los años ochenta. Los bancos de tiempo son una organización no lucrativa cuyos miembros intercambian servicios que se valoran de forma igualitaria, con base en las horas de trabajo requeridas por cada uno, independientemente del tipo de servicio prestado. Los bancos de tiempo permiten evitar los intercambios monetarios y crear relaciones más igualitarias.

Otra importante práctica y que complementa a los bancos de tiempo son los sistemas de trueque o intercambio local. Éstas son iniciativas locales no lucrativas que proveen a la comunidad de información de los productos y servicios que sus miembros

³² Véase <<http://reparadores.club/sobre-el-club/>>.

pueden intercambiar entre sí o utilizando una moneda propia, con un valor consensuado por ellos mismos y cuya denominación es característica, todas las transacciones se registran manual o electrónicamente entre ellos como un “debe” y un “haber” en cada una de las cuentas de los miembros implicados en cada intercambio. Los principios básicos sobre los que se sustentan son la reciprocidad, la confianza y la ayuda mutua.³³ En América Latina hay varios ejemplos en este sentido: la creación del Túmin en el Espinal, México,³⁴ o la experiencia de La Cooperativa y Banco de Horas de Trabajo Olga Cossettini en Argentina³⁵ son un buen ejemplo.

Normalmente estas iniciativas nacen promovidas por situaciones donde las economías nacionales y una situación laboral precaria no pueden generar nuevos recursos en las comunidades locales donde aparecen. De esta manera, los sistemas de intercambio local crean un nuevo mercado local paralelo al tradicional y un sistema bancario alternativo, que se configura conforme las necesidades de sus usuarios, formas más o menos radicales de diferenciación; son realmente las aptitudes, habilidades, conocimientos e incluso los bienes de las personas los que, para poder servir a la comunidad, se ponen en común para utilizarlos como valor de intercambio.³⁶

³³ Si bien estos sistemas pueden ser considerados como sistemas de producción y consumo local (primer apartado) o como finanzas solidarias (segundo apartado) por el uso de monedas sociales, hemos decidido incluirlos dentro del consumo colaborativo, debido a que la práctica excede al uso de la moneda y su característica central está vinculada con la fuerte relación entre los consumidores.

³⁴ Para el desarrollo del Túmin, véase Junta del Buen Gobierno, *Aceptamos Túmin. Mercado alternativo, economía solidaria y autogestión*, México, Junta del Buen Gobierno, 2014.

³⁵ Véase Orzi, Ricardo, *Monedas para la transformación social*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2019.

³⁶ Gisbert, Julio, “Los sistemas LETS. Concepto e historia”, en Carmen Valor, *Economía en Colaboración*, Madrid, Economistas sin Fronteras, 2014, pp. 11-14.

COMENTARIOS FINALES

Durante muchos años se asoció crecimiento económico a un mayor nivel de bienestar. Sin embargo, en los últimos años se ha denunciado que el crecimiento del producto interno bruto (PIB) no tiene en cuenta la profundización de las desigualdades, los componentes esenciales para el bienestar (actividades domésticas y de cuidados o voluntarias) y, sobre todas las cosas, no tiene en cuenta la degradación de los ecosistemas. Esta falta de concordancia entre “crecimiento” y “bienestar” no sólo se traduce en críticas desde la academia sino en prácticas concretas que se realizan en los territorios.

En este trabajo nos centramos en definir y ejemplificar algunas de esas prácticas promovidas desde la economía ecológica. La solución a este diagnóstico no se trata de la disminución del PIB como eje central (ya que dentro del modo de producción actual en los países del Sur eso implicaría problemas sociales y distributivos aún peores), sino en buscar prácticas autónomas que fomenten una democratización económica y política en las comunidades, y que hagan énfasis en la reducción del nivel de consumo de materiales y energía en el nivel agregado. Este trabajo buscó, a través de una división artificial,³⁷ construir otra caja de herramientas que sirvan en un futuro cercano.

El potencial de estas prácticas radica en la fuerte participación de la ciudadanía que, mediante la organización (como consumidores, productores, agentes de crédito, etc.), propone nuevas formas de producir, consumir y financiarse alternativas al mercado. A esto se le denomina prefiguración, es decir, que esas prácticas reflejan una sociedad futura más justa e igualitaria, pero que se construye en el presente de forma comunitaria. Al

³⁷ Si bien la diferencia entre los sistemas de producción, finanzas solidarias y consumo colaborativo muchas veces resulta ficticia debido a su relación simbiótica, permite clarificar y poder identificarlas de forma más simple para su aplicación.

tener en cuenta que el crecimiento económico ya no es un objetivo en el futuro, las prácticas económicas de base dejan de ser meramente ideológicas o teóricas y comienzan a ser herramientas concretas para lograr una prosperidad sin crecimiento económico, donde no se mercantilice la naturaleza, se desmaterialicen los procesos productivos, se democratizen las decisiones económicas y se generen nuevos lazos a partir de la cooperación colectiva y no en la competencia desmedida.

Con base en ese diagnóstico, urge construir alternativas que nos libren de ese destino. Si bien las comunidades locales no pueden dar todas las soluciones posibles, en cambio, es posible que generen un cambio radical mediante la “democratización de la democracia”. Las prácticas desarrolladas en este trabajo tienen que ver con esto: extender la democracia a la esfera política (mayor participación ciudadana, colaboración entre productores y consumidores) y a la esfera económica (determinar que se produce teniendo en cuenta el territorio en donde se vive).

Aquí los sistemas de producción y consumo local, las herramientas de las finanzas solidarias y las políticas de consumo colaborativo no sólo pretenden resolver desigualdades económicas y los impactos ambientales negativos que se dan en los territorios, sino que buscan crear un ámbito directo de decisión donde la comunidad pueda hacer efectivo el ejercicio de, al menos, cierto “autogobierno”, al tener en cuenta que las experiencias más estimulantes de democracia radical, de innovación social y económica, así como de lucha contra el cambio climático, se producen hoy en el nivel local.³⁸ Este trabajo constituye una descripción de distintas prácticas con fin de incentivar nuevas y mejores formas de vida.

³⁸ Pisarello, Gerardo, *Marx para municipalistas*, Crisis, 2018, s/p.

BIBLIOGRAFÍA

- Alderete, J. M., I. Colamarino y F. Ocampo, 2010, “Producidos por aquí nomás”, *Alimentos Argentinos*, vol. 33-35.
- Banco Interamericano de Desarrollo (BID), 2017, *Retos y posibilidades de la economía colaborativa en América Latina y el Caribe*, BID.
- Boza Martínez, S., 2013, “Los Sistemas Participativos de Garantía en el fomento de los mercados locales de productos orgánicos”, *Polis*, núm. 34, pp. 1-13.
- Collado, Á. y J. L. Casadevente, 2015, “Economías sociales y economías para los Bienes Comunes”, *Otra Economía*, vol. 9, núm. 16, pp. 44-68.
- Coraggio, J., 2004, “De la emergencia a la estrategia. Más allá del ‘alivio de la pobreza’”, Buenos Aires, Espacio.
- D’Alisa, G., F. Demaria y G. Kallis, 2017, *Decrecimiento. Vocabulario para una nueva era*, Buenos Aires, Biblioteca Permacultura.
- Escalona, M. Á., 2011, *Mercados locales y canales cortos de comercialización. Implicaciones para un consumo responsable*, Andalucía, Universidad Internacional de Andalucía.
- Frohmann, A., S. Herreros, N. Mulder y X. Olmos, 2015, *Sostenibilidad ambiental y competitividad internacional. La huella de carbono en la exportación de alimentos*, Santiago de Chile, CEPAL.
- Guisbert, J., 2014, “Los sistemas LETS. Concepto e historia”, en C. Valor (ed.), *Economía en colaboración*, Madrid, Economistas sin Fronteras, pp. 11-14.
- Junta del Buen Gobierno, 2014, *Aceptamos Tumín. Mercado alternativo, economía solidaria y autogestión*, México, Junta del Buen Gobierno.
- Krausmann, F., C. Lauk, W. Haas y D. Wiedenhofer, 2018, “From resource extraction to outflows of wastes and emissions: The socioeconomic metabolism of the global economy, 1900–2015”, *Global Environment Change*, vol. 52, pp. 131-140.
- Martínez Alier, J. y J. Jusmet, 2000, *Economía ecológica y política ambiental*, México, FCE.
- Milanovic, B., 2018, *Desigualdad mundial*, México, FCE.
- Mora, A., D. Pacchiotti, J. Pellegrini y N. Pérez Barreda, 2020, “Vicentín y la posibilidad de intervenir en la cadena alimentaria. Hacia la sobe-

- ranía alimentaria. Una empresa pública de alimentos”, *Tricontinental*, pp. 42-51.
- Muñoz, R., 2007, *Finanzas para la Economía Social*, Buenos Aires, MAES ICO/UNGS.
- , 2008, *Las modalidades financieras emergentes en los procesos de desarrollo local. Aportes para la construcción de una agenda de investigación-acción desde la perspectiva de la economía del trabajo*, Morelia, Finanzas populares y Desarrollo Local, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Orzi, R., 2019, *Monedas para la transformación social*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.
- Papaoikonomou, E. y M. Ginieis, 2015, “La relación entre productor y consumidor en sistemas alimentarios locales: análisis de sus prácticas y narrativas”, *Revista Internacional de Organizaciones*, núm. 14, pp. 101-121.
- Piketty, T., 2014, *El capital en el siglo XXI*, Buenos Aires, FCE.
- Pisarello, G., 2018, “Marx para municipalistas”, *Crisis*, s/p.
- Plasencia, M. A., 2014, Las experiencias de monedas sociales en la Argentina, *Voces del Fénix*, vol. 38, pp. 114-121.
- Schandl, H., M. Fischer-Kowalski, J. West, S. Giljum, M. Dittrich, N. Eisenmenger, ... T. Fishman, 2017, “Global Material Flows and Resource Productivity”, *Journal of Industrial Ecology*, pp. 827-838.
- Vernooy, R., P. Shrestha, B. Sthapit y M. Ramírez, 2016, *Bancos comunitarios de semillas: Orígenes, evolución y perspectivas*, Lima, Bioversity International.
- Vézina, M. y C. Legrand, 2003, “Un modelo de banco solidario quebequense”, *Revista Venezolana de Economía Social*, vol. 3, núm. 6, pp. 23-40.